



La robusta rana Ramona dormitaba junto al estanque, mientras los tibios rayos del sol calentaban su abultado lomo.

«Qué gran día para no hacer nada», pensaba.

Al mismo tiempo, Renata, una ranita que era su compañera de juegos, entraba y salía de la franja iluminada por el sol, saltando una y otra vez desde un hongo al estanque. Amanecía en la granja, y la pequeña Renata estaba lista para la diversión.

—¡Despierta! ¡Despierta!
—le gritaba a Ramona—. Es hora de jugar.



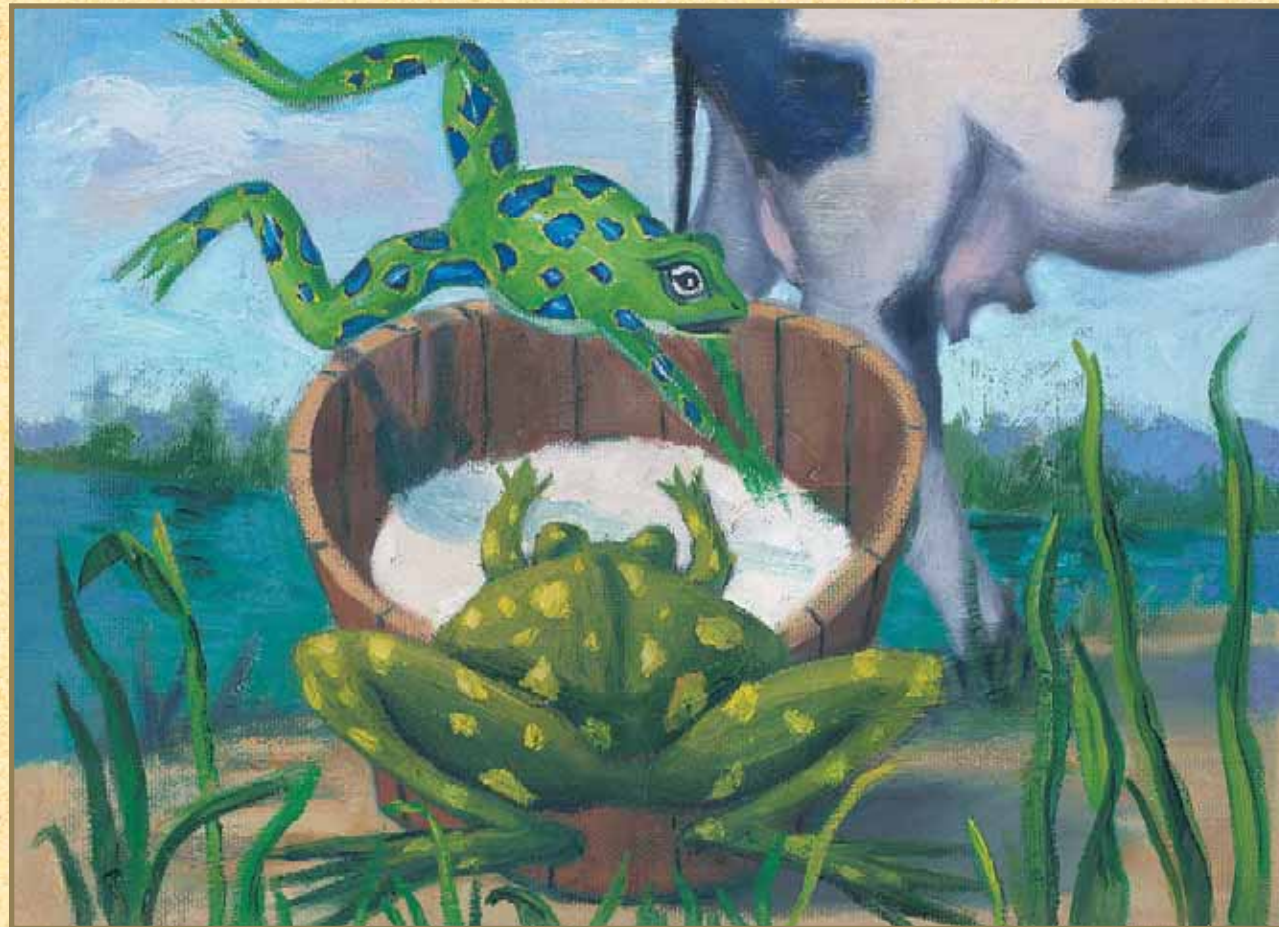


Dando ligeros brincos, ¡plip!, ¡plip!, ¡plip!, la pequeña Renata se encaminó hacia el estanque.

Ramona abrió por fin los ojos de par en par y, brincando pesadamente, ¡plop!, ¡plop!, ¡plop!, siguió a Renata. Juntas atravesaron el estanque en dirección al establo, jugando al escondite y a saltar la una sobre la otra a lo largo del camino.

Ambas se divertían tanto que olvidaron que a esa hora se ordeñaban las vacas en el establo.





¡Plop! ¡Plip! Y en uno de sus saltos... las dos cayeron dentro de un balde de leche recién ordeñada.



Como las paredes del recipiente estaban muy resbaladizas, las ranas no podían salir.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritaba Ramona. Pero era inútil; nadie venía a ayudarlas.